

se como legítima, la primera; y en caso de que no se pudiese averiguar, se quedase el indio, al bautizarse, con la que eligiese de las que ya tenia. Respecto del sacramento del bautismo, como muchas veces se habia administrado sin las formalidades que la iglesia tiene establecidas, y algunas con solo aspersion de agua natural con hisopo, sobre un numeroso concurso, pronunciado en comun para todos las palabras sacramentales, se procedió desde el instante en que llegó de la isla de Santo Domingo y Cuba el crisma y el óleo bendito, á repetir las ceremonias debidas, con las personas que se habian bautizado sin ellas.

Establecida la norma que se debia seguir en los diversos casos que se presentasen, los misioneros continuaron sus trabajos apostólicos, con celo y caridad ardiente.

Viendo que á pesar de los esfuerzos que hacian, los indios, conservando cierta veneracion á sus antiguos ídolos, sacrificaban ocultamente víctimas humanas, se propusieron quitarles de la vista todo lo que pudiese contribuir á conservar sus falsas creencias. Los indígenas querían amalgamar las santas máximas del cristianismo con las del sanguinario Huitzilopochtli, y aun que en público asistian con afán á las ceremonias católicas y escuchaban con gusto la palabra de los misioneros cristianos, en lo privado adoraban á sus antiguas divinidades y vertian la sangre del prójimo en sus altares. Para desarraigar del todo el culto de los sanguinarios dioses, los misioneros juzgaron que era preciso destruir estos y los templos en que los habian adorado. Durante la conquista se habian derrocado muchos *teocallis* y numerosas divinidades gen-

tílicas; pero quedaban en pié millares, que mantenian vivas en la mente de los nativos las ideas religiosas en que se habian criado.

El primer templo que los misioneros juzgaron que debia hacer cabeza en la destruccion proyectada, fué el de Texcoco. Aquel *teocalli* era uno de los mas notables que se habian conocido en el Anáhuac. Señalado el dia para empezar la obra de su derrumbamiento, los misioneros procuraron convencer á los indígenas, á quienes instruian en la religion católica, de la necesidad y aun del deber sagrado de quitar de la vista aquellos monumentos manchados con la sangre de millares de hermanos. Llegado el momento, los religiosos, acompañados de los niños indígenas que se educaban en sus escuelas y de los catecúmenos mas instruidos, celebraron con la mayor solemnidad una misa en el paraje más público de la ciudad. Concluido el augusto sacrificio, se dirigieron en procesion al sitio en que se levantaba el majestuoso *teocalli*. En el espacioso átrio inferior reunieron todos los ídolos y diversos objetos de la supersticion de los naturales. Entonces, entonando el salmo 113, pusieron en práctica sobre los ídolos, la doctrina de cada uno de los versículos: «Nuestro Dios reside en el cielo: todo está sujeto á su voluntad. Los simulacros de las gentes son oro y plata, obra de la mano de los hombres. Tienen boca y no hablarán, tienen ojos y no verán. Tienen oidos y no oirán, tienen narices y no olerán.» El martillo de los misioneros rompió, á medida que se cantaba el salmo, los miembros de los ídolos, y los niños y catecúmenos insultaban en seguida, con gritos y algazara, los restos de las sanguinarias deidades, á las

cuales, por muchos siglos, habian sacrificado sus padres víctimas humanas. Despedazados los falsos dioses, se dió principio á la destruccion del templo gentilico. Profundo fué el dolor y grande la sensacion que causó en el pueblo indígena ver que se arrasaba el mas venerado de sus *teocallis*. El llanto, los sollozos, los gritos de pesar se escuchaban salir de la multitud, que temia la venganza de sus divinidades; pero los misioneros, firmes en su propósito, continuaron la obra del derrumbamiento hasta terminarla. Mucho influía á calmar el sentimiento del pueblo, el ver á su rey Cárlos Ixtlilxochitl observando fielmente la religion de los cristianos.

Al templo de Texcoco siguieron otros muchos, celebrándose el acto de la manera misma que se observó en él al destruirlo. Por desgracia, mezclados entre los grandes pliegos que contenian los ritos gentílicos, la mitología y los signos supersticiosos de su horrible religion, habia otros históricos; y los misioneros, ignorando lo segundo, quemaban en una misma hoguera el pintado ídolo, ante quien se habian presentado palpitantes corazones de inocentes víctimas, y el importante manuscrito en que se referia la historia de la inmigracion de los primeros habitantes del Norte del Asia.

Cuando más tarde los misioneros tuvieron noticia de que habian quemado manuscritos preciosos al lado de los verdaderamente nocivos, se entregaron con asiduidad á reparar el mal que involuntariamente habian causado á la historia, recogiendo todos los manuscritos que se habian salvado, apuntando las noticias y tradiciones que los personajes indios mas instruidos y versados en las le-

tras del país les daban, y no perdonando medio ninguno que pudiese ilustrar los hechos relativos á la raza indígena. A los esfuerzos y trabajos literarios que con infatigable empeño emprendieron, se debe el que tengamos los conocimientos de la legislacion, usos, costumbres y religion de los antiguos habitantes de la América. Pudiera decirse que el mal que involuntariamente causaron, quedó reparado con usura, toda vez que sin los escritos que nos dejaron, no podrian comprenderse los geroglíficos que llegaron á conservarse. No hay un solo historiador de los que se han ocupado en dar á conocer todo lo relativo á los antiguos habitantes de Anáhuac, que no se haya servido de lo que ellos escribieron; y sin embargo, pocos son los que no les echan en cara un mal que se apresuraron á remediar en cuanto lo conocieron y que remediaron por completo. Nada acaso dejaron de indagar y de escribir de lo que los libros de escrito-pintura contenian; pero aun cuando algo se hubiese perdido en la quema de los manuscritos indígenas, «no es la generacion presente, dice un respetable escritor mejicano, la que tiene el derecho de acusarlos, cuando hemos visto consumir en las coheterías ó vender para envolver drogas en las boticas, no manuscritos con signos no conocidos, sino los archivos muy importantes de muchas oficinas, sin que se haya hecho otro esfuerzo para recogerlos y conservarlos, que el establecimiento poco atendido del archivo general, y el del museo para las antigüedades mejicanas, que tampoco ha sido visto con grande empeño (1).»

(1) D. Lucas Alaman: Disertaciones sobre la historia de la república mejicana.

No guiados del celo apostólico que animaba á los misioneros españoles para apartar á los indígenas de los sacrificios humanos, sino de sentimientos menos nobles, destruyeron en Inglaterra los ingleses, en su intolerancia luterana, obras notables de literatura y de ciencias. El gobierno de Eduardo VI, hijo de Enrique VIII, no solo confiscaba los bienes á los de diversas sectas á la suya y conducía á la hoguera á los que negaban algo de lo establecido por el protector, duque de Sommerset, en la religion luterana, sino que se llevó la persecucion hasta los libros. Las bibliotecas de Westminster y de Oxford, fueron despojadas de todos los libros pertenecientes á otras religiones; pero esas pesquisas dieron márgen á una lamentable devastacion de volúmenes de notable mérito. A la intolerancia de los pesquisadores, se agregaba la codicia; y los primeros libros sobre los cuales se arrojaban con indecible ansiedad, eran los que estaban guarnecidos de oro y plata, de cuyo metal se apoderaban antes que ocuparse en ver la materia de que trataba la obra. Muchas y preciosas obras de geometría y astronomía fueron tenidas por libros de magia, y fueron destruidas por los pesquisadores. La universidad, convencida de que exponer razones para contener el furor de los reformistas, hubiera sido sentenciarse á marchar á la prision y tal vez á la hoguera, contemplaba triste y en silencio la injustificable destruccion de las preciosas obras del ingenio, del saber y del estudio del hombre (1). Si los hombres reformistas que decantaban la libertad del pensamiento, confundieron en 1550, las obras de geometría y de astronomía

(1) Oliverio Goldsmith, Hist. de Inglaterra, cap. XXV.

con los libros de mágia, no debemos sorprendernos de que los primeros misioneros españoles que pasaron á la Nueva España, creyeran que las extrañas figuras y signos de la escrito-pintura, de que no habia conocimiento ninguno, contenian los ritos y las imágenes de los dioses á quienes ofrecian los indios los corazones de sus semejantes. El acto de los misioneros reconocia un sentimiento de humanidad, pues tratábase de hacer olvidar á los indígenas su sanguinario culto. Los reformistas ingleses, no se veian en el mismo imperioso caso, puesto que en ninguna de las sectas y religiones que existian en Inglaterra se inmolaban seres humanos. Los primeros se apresuraron á reparar el mal, recogiendo todas las noticias que pudieran ilustrar la historia de la América, los segundos no volvieron á ocuparse de reparar lo que habian destruido.

Entre los misioneros que se entregaron con laudable celo á reparar la pérdida de los manuscritos que se habian entregado á las llamas, se encuentran los padres Toribio de Benavente, que adoptó el nombre de Motolinia, que le daban los indios, Andrés de Olmos, Bernardino Sahagón y José de Acosta (1). En el siguiente siglo al de la con-

(1) El primero, como tengo ya dicho, escribió la *Historia de los indios de la Nueva España*, en que refiere sus ritos antiguos, su conversion al catolicismo, la índole de los indios, sus costumbres y sus artes. Otras varias obras escribió no menos útiles á los mejicanos que á los españoles. El segundo, habiendo aprendido el mejicano, el totonaco y el huasteco, escribió gramáticas y diccionarios en esos idiomas, y un precioso tratado en castellano sobre las antigüedades mejicanas. El tercero, que se ocupó en la enseñanza de los indios mejicanos por mas de sesenta años, escribió un diccionario universal de la lengua mejicana, que contenia la geografia, la religion y la historia política

quista, hubo otros muchos sacerdotes que continuaron enriqueciendo la historia antigua de Méjico y siendo los verdaderos amigos y maestros de los indígenas. Merece especial mencion, entre esos dignos ministros del Salvador, Fray Juan de Torquemada, franciscano español, que debe considerarse como el Tito Livio de la historia de la Nueva España. Su obra *Monarquía Indiana*, que forma tres gruesos tomos en folio, es, sin duda, de las mas completas que se han escrito sobre las antigüedades mejicanas.

Al laudable empeño en recoger todas las noticias referentes á la historia, costumbres, usos y religion de los nativos, reunian su caridad evangélica, su absoluto desprendimiento de las riquezas y pompas del mundo y el amor á los naturales, cuya instruccion y bienestar anhelaban ardientemente. Los continuos trabajos y viajes que los misioneros emprendian, recorriendo los pueblos de los indios, envejecieron bien pronto el hábito que habian llevado. No habiendo aun en el país sayal ni lana con que hacer otros, pues no habia propagado bastante el ganado, acudieron al ingenioso medio de hacer desbaratar por las indias, el tejido de los gastados y viejos hábitos, y luego cardando y volviendo á hilar la lana, tejer otros nuevos. Con el fin de darles un color más resistente para las in-

y natural de los mejicanos, obra altamente erudita y de notable mérito. Escribió además la Historia general de la Nueva España, en cuatro tomos, y otras varias obras, así en mejicano, como en español. El cuarto, famoso jesuita español, muy conocido en la república de las letras, despues de haber vivido por espacio de muchos años en una y otra América, escribió las costumbres de aquellas naciones en su *Historia natural y moral de las Indias*.

elemencias del tiempo, puesto que San Francisco no habia determinado ni color ni forma para los hábitos de los religiosos de su orden, sino que solamente habia prescrito que fuesen pobres y ordinarios, los tiñeron de azul con el tinte del añil, que era planta que abundaba mucho en aquel país. De aquí tuvo origen que los franciscanos de Méjico usasen desde entonces hábito azul, en vez de gris que usaban en España.